

LA MIRADA SERENA

Estudios literarios ofrecidos al profesor
Miguel Ángel Lozano Marco



UNIVERSIDAD DE ALICANTE

LA MIRADA SERENA

Estudios literarios ofrecidos al profesor
Miguel Ángel Lozano Marco

LAURA PALOMO ALEPUZ
ÁNGEL L. PRIETO DE PAULA
JUAN A. RÍOS CARRATALÁ
(Eds.)

LA MIRADA SERENA

ESTUDIOS LITERARIOS OFRECIDOS AL PROFESOR
MIGUEL ÁNGEL LOZANO MARCO

PUBLICACIONES DE LA UNIVERSITAT D'ALACANT

Este libro ha sido debidamente examinado y valorado por evaluadores ajenos a la Universidad de Alicante con el fin de garantizar su calidad científica.

Publicacions de la Universitat d'Alacant
03690 Sant Vicent del Raspeig
publicaciones@ua.es
<https://publicaciones.ua.es>
Teléfono: 965 903 480

© los autores, 2023
© de esta edición: Universitat d'Alacant

ISBN: 978-84-9717-XXX-X
Depósito legal: A XXX-2023

Diseño de cubierta: candela ink
Composición: Marten Kwinkelenberg
Impresión y encuadernación:
XXXXX



Esta editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización nacional e internacional de sus publicaciones.

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

I AD HOMINEM

MIGUEL ÁNGEL LOZANO: ENSAYO DE ETOPEYA Y APUNTE INTELECTUAL.....	13
<i>Ángel L. Prieto de Paula</i>	
SALUTACIÓN.....	25
<i>Ian Macdonald</i>	
SER SIGÜENZA	29
<i>Juan Luis Tato González-Espada</i>	
MIGUEL ÁNGEL LOZANO, MAESTRO.....	35
<i>Rosa M.ª Monzó Seva</i>	

II DE ARGENTEA AETATE

GENERO LITERARIO Y BÚSQUEDA DE TRASCENDENCIA EN <i>LAS CONFESIONES DE UN PEQUEÑO FILÓSOFO</i>	49
<i>Gemma Márquez Fernández</i>	
TODO ES FRANCIA Y TODO ES ESPAÑA.....	63
<i>Christian Manso</i>	
AZORÍN LEYENDO A LOS POETAS (1929-1945)	77
<i>Francisco Javier Díez de Revenga</i>	

LA CRÍTICA DE AÑOS CERCANOS: LA NOVELA VANGUARDISTA DE AZORÍN ANTE LA CRÍTICA DE SU TIEMPO	93
<i>Miguel Ángel Mora Sánchez</i>	
A LA LUZ DE LA VELA, EN INSTANTES PROFUNDOS, CUANDO TODO REPOSA..	103
<i>Verónica Zumárraga</i>	
AZORÍN Y JOSEP PIN I SOLER: A VUELTAS CON EL PATRIOTISMO Y CON LA UNIVERSIDAD ESPAÑOLA (1912) DE FEDERICO DE ONÍS.....	131
<i>Dolores Thion Soriano-Mollá</i>	
AZORÍN, CRONISTA PARLAMENTARIO Y LA CRÓNICA AZORINIANA DE JULIO CAMBA	147
<i>José Miguel González Soriano</i>	
AZORÍN, EL MODERNISMO Y LA GENERACIÓN DEL 98 EN LA EDUCACIÓN PREUNIVERSITARIA ESPAÑOLA DEL SIGLO XXI.....	171
<i>Miguel Ángel Martín-Hervás</i>	
GABRIEL MIRÓ Y EL PESO DE LOS AÑOS	197
<i>Ricardo Landeira</i>	
MIRÓ ANTE EL MOTIVO DE «EL SACERDOTE ENAMORADO».....	213
<i>Ana L. Baquero Escudero</i>	
GABRIEL MIRÓ, FILÓGRAFO: AMOR, DESEO Y EGOÍSMO EN <i>NIÑO Y GRANDE</i> ..	235
<i>Laura Palomo Alepuz</i>	
LA REVISTA <i>EL IBERO</i> (1898-1903) Y LAS COLABORACIONES PERIODÍSTICAS DE GABRIEL MIRÓ	259
<i>Enrique Rubio Cremades</i>	
GABRIEL MIRÓ Y GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ: SAGA FAMILIAR Y CRÍTICA SOCIOPOLÍTICA.....	281
<i>Guillermo Lain Corona</i>	
EL SEÑOR DE LOS ESTANQUES (CARTA APÓCRIFA DE CLEMENCIA MIRÓ A LA MUERTE DE SU PADRE).....	309
<i>José Luis Ferris</i>	

III
DE VARIA LECTIONE

DE NUEVO SOBRE CERVANTES Y LA CONSTRUCCIÓN DE SUS MORISCOS.....	317
<i>Luis F. Bernabé Pons</i>	
EL MILAGRO DE LAS LÁGRIMAS (ORIHUELA, 1706) Y LA INQUISICIÓN	335
<i>Enrique Giménez López</i>	
SAFO EN LA IMAGINACIÓN DE CAROLINA CORONADO Y DE EMILIO CASTELAR.....	341
<i>José María Ferri Coll</i>	
LOS ESCRITOS DE VIAJES DE MIGUEL DE UNAMUNO	355
<i>Ramón F. Llorens García</i>	
MANUEL BUENO, DIRECTOR DE <i>MADRID, REVISTA LITERARIA</i> (1901).....	365
<i>Cecilio Alonso</i>	
CARMEN DE BURGOS (<i>COLOMBINE</i>) EN EL <i>HERALDO DE MADRID</i> (LAS NUEVAS SENDAS DEL PERIODISMO LITERARIO ESPAÑOL DE AUTORÍA FEMENINA EN EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XX)	389
<i>Helena Establier Pérez</i>	
LA ENSOÑACIÓN ANTE LA IMAGEN: GIL-ALBERT Y LA PINTURA	417
<i>José Carlos Rovira</i>	
EL PROCESAMIENTO DE RAMÓN GOY DE SILVA EN EL MADRID DE LA VICTORIA	429
<i>Juan A. Ríos Carratalá</i>	
JOSEFINA ESCOLANO SOPENA, LA HERNANDIANA <i>MARÍA DE GRACIA</i> <i>IFACH</i> , NOVELISTA EN 1925	439
<i>Ángela Ena Bordonada</i>	
DONDE DA LA VUELTA LA VIDA (UNA ENTREVISTA INÉDITA A GONZALO TORRENTE BALLESTER).....	459
<i>Susana Pastor Cesteros</i>	

«LA DULCE PÁTINA DEL TIEMPO» EN VÉZELAY, CIUDAD MUERTA DE
JULIO RAMÓN RIBEYRO..... 479

Eva Valero Juan

POETAS MEXICANAS EN LENGUAS ORIGINARIAS. SOBRE LA ECOPOESÍA
Y LO ANCESTRAL: EL CASO DE ROSA MAQUEDA VICENTE 495

Carmen Alemany Bay

MIGUEL ÁNGEL LOZANO: ENSAYO DE ETOPEYA Y APUNTE INTELECTUAL

Ángel L. PRIETO DE PAULA
Universidad de Alicante

INTRODUCCIÓN PANDÉMICA Y NO POCO DIGRESIVA

Hay azares que se dan la mano con la necesidad. Uno de ellos tiene que ver con el final de la carrera docente del profesor Miguel Ángel Lozano, no cercenada por su jubilación administrativa, dado que en 2019, cuando esta se produjo, prosiguió dando clase como profesor emérito. Así fue a lo largo de aquel primer curso *posjubilador* que, ya muy avanzado, se vio sacudido inopinadamente por el inicio de la pandemia de covid: la pandemia por antonomasia, al menos mientras no nos asalte otra. De un día para el siguiente hubimos de sustituir el estrado y las aulas por los domicilios particulares, los ordenadores domésticos, las plataformas digitales y los servicios de videoconferencias. Con todo ello, servido por un neolenguaje que parecía provenir de alguna distopía amenazante, tuvimos que familiarizarnos sin calentamiento previo para poder mantener la docencia, o su simulacro, mientras permanecíamos confinados en nuestras casas por disposición gubernamental. Igual que nosotros, muchos estudiantes se sintieron invadidos por el estupor, cuando no por el miedo. El profesor Lozano fue uno de tantos concernidos, aunque, atendiendo a su manera de ser y de concebir la enseñanza, probablemente lo sufriera más que casi todos, por lo que trataré de explicar en lo que sigue.

Las primeras clases que afrontamos al nuevo estilo las impartíamos tentándonos los machos —hablo en plural, extrapolando no sé si gratuitamente a los demás lo que me sucedía a mí—, desconfiados de que quienes parecían estar al otro lado lo estuvieran realmente y de que nuestras disquisiciones encontraran acogida por parte de aquellos a quienes se dirigían. Los estudiantes recibían el mensaje con intermediaciones tecnológicas no siempre obedientes a nuestros designios, muchos de nosotros renuentes, si no declaradamente refractarios, a

la inmersión digital (aunque obedientes a los hechos irreversibles: a la fuerza ahorcan, diríamos recurriendo al socorrido refranero, que siempre tiene un roto para un descosido).

En medio de las zozobras y vacilaciones que sentaron plaza en aquellos días —que eran, lo reitero, los de la prolongación docente de Miguel Ángel Lozano ya como profesor emérito—, quienes hablábamos carecíamos de interlocutores *de verdad*. Incluso si, en condiciones normales, se les regatea a los estudiantes la condición de interlocutores, entendiéndolo que a menudo son solo oyentes de monologantes que hablamos desde una tarima, al menos actúan en el aula como una pantalla que cumple la función fática que nos enseñara Bühler —muy distinta, pues, de aquella de cristal líquido ante la que nos apostábamos—, mostrando anuencia, rebatiéndonos, encogiéndose de hombros o, en los casos más felices, regalándonos una sonrisa de aquiescencia. Pues el último sentido de la función fática en una clase es proporcionar al profesor esas mínimas indicaciones que le permiten saber que no está clamando en el desierto y que sus palabras no se pierden en el éter, sino que topan con alguien que las recibe, examina y pondera, y a las que, cierto que solo en contadas ocasiones, contesta mediante otras palabras, generándose así un verdadero diálogo.

Si en aquellas sesiones virtuales aparecía alguna señal de todo eso capaz de sobrevivir a los cortes de línea, al silencio planetario de los otros y a la ausencia de rostros de los receptores que la sobrecargada red no podía sostener, era una señal parpadeante y muy precaria, como las luces exánimes de las bombillas incandescentes en la posguerra. Para una comunicación plena habría sido necesario el trato intelectual y cordial con los *cuerpos presentes* al que estábamos acostumbrados.

En la situación que digo, uno imaginaba a aquellos a quienes se dirigía como un equipo compacto de miembros indistinguibles, pero por el que era escrutado desde la otra orilla del ordenador. Sin embargo, las cosas no eran exactamente así, pues aquel presunto equipo era apenas una entelequia de miembros desagregados o escindidos, que tampoco se veían entre ellos, cada uno de los cuales era solo uno (y uno solo), sin la compañía, el calor y el color de los compañeros. De este modo, a la separación insalvable entre emisor y receptores se añadía la producida entre cada estudiante y el resto de estudiantes, colegas nada más que a los meros efectos administrativos o en la forma degradada de los grupos de wasap constituidos *ad hoc*.

Y no entro aquí, en fin, en angustias más prosaicas, pero no menos intimidatorias, como las derivadas de aprietos y problemas tecnológicos de varia índole que debíamos resolver para mantener el hilo de comunicación que muchos no habíamos establecido nunca antes, y hacerlo cada cual en su burbuja y sin posibilidad de acudir a un técnico o entendido que pudiera resolverlos en persona salvo si era conviviente en nuestro domicilio. Porque todos padecemos

igualmente, solo que de modo individual o en pequeñas células familiares, esa clausura «a piedra y lodo» a que se refiere Manuel Machado en su poema «Castilla», a propósito del mesón en el que inútilmente buscaban hospedaje las mesnadas del desterrado Campeador.

Todo lo dicho afectó al curso 19-20 a partir de marzo de 2020, cuando se prescribió la reclusión domiciliaria como medida estrella del estado de alarma. Para el curso siguiente, el 20-21, las instituciones ya pudieron disponer con tiempo, verano mediante, las medidas pertinentes con que ir respondiendo a las cambiantes y por entonces impredecibles derivaciones de la pandemia. En la Universidad de Alicante se habilitaron aulas virtuales para impartir la docencia en un sistema que combinaba alternativamente enseñanza presencial y no presencial. Ante los desajustes que surgieron, probablemente inevitables, casi todos los estudiantes terminaron por acogerse a las clases a distancia del año anterior, aunque el profesor, embozado, había de impartirlas en el aula física de la Universidad, hablando a un tiempo a la pantalla y a los pocos, también embozados, que no renunciaban a la presencialidad.

EL ÉNFASIS DEL ENSIMISMADO

Resulta casi doloroso imaginar las lecciones que en estas condiciones sobrevenidas hubiera podido dictar el buen Miguel Ángel Lozano (y nadie le regateará la condición y el adjetivo de bueno, compartidos con Alonso Quijano antes de que perdiera el oremus). No sé si alguna vez ha tratado teóricamente cuestiones relativas a la enseñanza, pero sí creo saber que, para él, la tarea de enseñar es una irradiación del entusiasmo.

¿Irradiación del entusiasmo? Eso he escrito, pero habré de matizar enseñada el sentido de la expresión, aunque sin enmendarme en lo sustantivo, para no inducir a confusión o a error. Por entusiasmo suele entenderse, en un sentido platónico, el estado correspondiente a una especie de posesión divina que se expresa mediante el fervor, el arrebató y, en la percepción ajena, la explosión gestual. En esta acepción, el entusiasta (que lo *es* constitutivamente) o entusiasmado (que lo *está* circunstancialmente) se ubica psíquicamente *fuera de sí*, lo que da como resultado un «enajenado». Pero, aplicado a Miguel Ángel Lozano, yo hablo de un entusiasmo que no participa del *fuera de sí* propio del enajenado o situado en lo ajeno, sino del *dentro de sí* que concierne al ensimismado o abismado en sí mismo: en ese recinto que se halla más adentro de lo que está dentro y que se corresponde con el agustiniano *interior intimo meo* de las *Confesiones* (III, 6, 11). A este tipo de entusiasmo y no a otro me refiero cuando lo atribuyo al profesor Lozano, quiero decir a Lozano como profesor: un entusiasmo que no se expresa con alharacas, interjecciones o enfatismos,

salvo que se me permita hablar de un, si sirve el oxímoron, *énfasis del ensimismado*. Entonces sí.

Para que pueda activarse esta forma de entusiasmo se requiere, salvadas las distancias, lo que reza el *Cántico espiritual* de san Juan de la Cruz a propósito de la dolencia de amor, que —escribe el fraile— «no se cura / sino con la presencia y la figura». De ese mismo modo, la irradiación del amor por los textos, que es una concreción o *inscripción* de la adhesión al mundo, precisa de la presencia y la figura; algo que no podía darse en aquellas clases virtuales de la primera andanada de la pandemia, y de manera harto problemática en el curso siguiente. Y no porque Miguel Ángel Lozano necesitara de un público como el actor precisa de un espectador para que se perfeccione el contrato histriónico, sino porque quienes lo escuchaban necesitaban ser tocados por esa concentración que dudo pueda lograr quien está fingiendo una comunicación que no es tal. Solo una elemental cautela me impide ser más terminante y afirmar que es cierto de toda certeza lo que supongo, y es que fue ese sucedáneo de enseñanza al que nos vimos abocados lo que empujó a Miguel Ángel Lozano a abandonarla, y a abandonarnos, especialmente cuando se impuso el sistema dual, o híbrido, que no aseguraba «la presencia y la figura», pero garantizaba, en cambio, las dificultades en la elección del registro para dirigirse simultáneamente a los pocos presentes y a los numerosos ausentes.

A la perplejidad ante la nueva situación debieron de sumarse las incertidumbres de un futuro que tienden a ver amenazante las personas, como él, hiperestésicas, en cuyas sienas resuenan estrepitosos los pulsos de la realidad, como dispuestos a taladrarlas. Así que decidió arrojar el trapo y acogerse ya del todo a su solitaria, e íntimamente gozosa, *conversación con los difuntos* a que se refiriera Quevedo en su elogio inmarcesible de los libros: «Retirado en la paz de estos desiertos, / con pocos pero doctos libros juntos, / vivo en conversación con los difuntos / y escucho con mis ojos a los muertos»... En este punto nada dijo Quevedo tocante a los nietos, pero tengo para mí que estos fueron motivo que reforzó su decisión. En suma, cuando lo que hacía dejó de coincidir con lo que quería hacer, él determinó hacer lo que hizo (y pido excusas por el retruécano): irse. Sin romper nada.

En línea con lo expuesto, asumimos que en determinados maestros la palabra viva requiere, o al menos agradece, ser encarnada por quien la emite. Son aquellos a los que se refería Unamuno cuando, poniendo de ejemplo al Cristo («no carpintero, sino armador de casas»), expresaba el temor de que sus parábolas abandonaran la senda de la vida y quedaran amortajadas en un libro. «Yo temo, por mi parte, que mueran mis palabras en los libros y que no sean palabras vivas», dijo el vasco-salmantino con términos que se conservan en la única grabación que conocemos o conozco yo de él. Así como hay maestros cuya predicación oral se sostiene en lo que hemos leído de ellos, en otros casos sucede

a la inversa: lo que podemos leer de ellos nos remite a una manera de sentir la literatura que conocimos mientras nos la explicaban, donde lo sustantivo es el despliegue verbal a través del que se consigue el sentimiento compartido; o, si se quiere, el *con-sentimiento*. En aquellos son los textos escritos los que marcan la pauta, a la que remeda y humaniza la explicación oral; en estos es la explicación oral la que marca la pauta, aunque, dado que las palabras vuelan y lo escrito permanece, tienda dicha explicación a solidificarse y registrarse en el papel. Miguel Ángel Lozano pertenece por naturaleza a este segundo paradigma de maestros, a quienes, mientras los leemos, creemos estar oyéndolos (y a eso se refería también Miguel de Unamuno cuando, en la misma secuencia anterior, decía que habíamos de aprender a «leer con los oídos, no con los ojos»).

LEER POR LEER O LEER PARA ESCRIBIR

Junto a la anterior pareja —palabras vivas, palabras muertas—, hay una segunda dualidad que afecta a los profesores universitarios de literatura: quienes leen para escribir sobre lo leído y quienes leen por el puro placer autosatisfecho de leer. La dualidad no es muy distinta, después de todo, a la que se produce entre quienes reflexionan para cargarse de razones que sostengan aquello que piensan, que ya pensaban antes, y quienes razonan para saber lo que tienen que pensar.

Nunca hubiera estado cómodo Miguel Ángel Lozano en uno de los dos brazos del dilema, el de leer para escribir, desgraciada consecuencia del sistema universitario actual, que ha acogido sin rechistar la maldición norteamericana del *publish or perish*. La carrera académica se ha ido convirtiendo en otra carrera más cruda, y esta vez en el sentido habitual del término, en la que triunfa quien acopia más publicaciones que los otros contendientes (en revistas de alto impacto y tras pasar por los filtros consabidos). No se trata de publicar porque se tenga algo que decir, sino porque se tiene que decir algo. Ello ha provocado que a la publicación como floración natural de un trabajo *a lo largo* la suplante la publicación acuciada por la necesidad de asentarse profesionalmente. No hace falta poner ejemplos. De esa presión asfixiante provienen muchos vicios de la actual vida académica: reaprovechamiento de los mismos materiales bajo coberturas distintas, saturación de inanidades para engordar currículum, citas pactadas con el acuerdo del *do ut des*, reseñas de encargo... Y lo peor de todo: la desatención a las tareas docentes, dada su escasa valoración para el desarrollo profesional.

Afortunadamente, el estatus académico de Lozano estaba ya consolidado cuando este sistema se había difundido e instalado metastásicamente; en otro caso, no sé qué podría haber sucedido. Las dos salidas que se me ocurren hubieran sido, ambas, malas: o acomodarse dócilmente a las exigencias del sistema, o

fracasar por incapacidad para hacerlo (o incluso por el heroísmo de rechazarlo, a sabiendas de que de ahí derivarán la exclusión y el fiasco profesional).

Siendo él un estudioso con escrúpulos y conocimientos de profesional avezado, ha actuado como un aficionado que goza de la literatura sin cuidarse de lo que pueda obtener de ella. Así que lo que ha enseñado, tanto en sus clases como en sus escritos, ha sido principalmente una emanación de ese deleite estético que se basta a sí mismo. Para decirlo en breve, sus escritos traen causa del rebosamiento de todo aquello que leyó antes, y lo que leyó obedeció al amor por los universos creados en las obras literarias. Y no se entienda que esta actitud va en detrimento de la exigencia o del esfuerzo, algo que estas palabras ni dicen ni insinúan; al contrario: el resultado es una obra de gran solvencia y un timbre singular.

En la historia de la literatura contemporánea hay alguna zona donde Lozano ha sentado sus reales sin levantar la voz ni tomar posesión como un conquistador. Y ello sin contar esa otra obra, no cuantificable al peso, que son los discípulos: no solo los que hoy ocupan escaños académicos, sino el círculo mucho más amplio de quienes lo escucharon y, sin reputarse seguidores o continuadores, se fueron conformando intelectual y éticamente a la luz de sus enseñanzas, y en los que podría reconocerse el *estilo Lozano*.

Pocas actitudes más alejadas de este estilo que el populismo docente que, transfiriendo al ámbito de la enseñanza un concepto que utilizo para el de la literatura, implica la exigencia de adhesión sentimental. Hay profesores muy bien valorados que miran de hito en hito como para no dejar escapar al receptor, hablan empinados y seguros de sí, calculan los efectos de la emoción estudiada cuando leen los textos, desparraman la mirada casi retadoramente para recoger, como los toreros tras el desplante, la felicitación del público. Con ser muy estimable en lo escénico, poco tiene esto que ver con las formas de nuestro profesor Lozano, que habla como si escrutara el espacio vacío entre dos cabezas para no irrumpir en la intimidad del otro o no toparse con la mirada de alguna de ellas, y que a veces dirige los ojos hacia abajo, acaso lo más parecido a dirigirlos hacia dentro, que es a donde naturalmente querría enfocarlos. No es porque piense que el buen paño en el arca se vende, sino porque el respeto al otro le impide la intrusión que implica meterle el producto por los ojos en solicitud de asentimiento.

Mesura y discreción, respeto y prudencia, son rasgos de su comportamiento fuera y dentro del aula, como si aquello que dice hubiera de ser presentado *sotto voce* en la pura precariedad: sin apoyos externos, sin aparatosidad retórica, sin complicidades. Solo con la secreta sabiduría de los textos, para los que tiene una sensibilidad capaz de vibrar al menor roce.

Ya se supondrá que, en las asinaturas de este profesor, aprobar no fue la cosa más ardua del mundo. Así que su prestigio bien ganado no se basó en

la estrechez de los filtros. Puesto que nos hemos de equivocar muchas veces al evaluar a los demás, él ha debido de pensar que es mejor pecar de piadoso que de justiciero. Después de todo, y sigo suponiendo lo que él pueda haber pensado, dado que la vida tiene mucho de troquel que nos amolda a la fuerza o nos recorta a su medida, ¿para qué empeñarnos en ayudarla?

DEL TALANTE A LA TRAYECTORIA INTELECTUAL

Se ha aludido atrás al currículum, un documento que la Universidad nos insta a hacer público en numerosas circunstancias. Acogiéndome a la existencia de ese escaparate, y siendo Miguel Ángel Lozano tan poco dado a tales impudencias, me entiendo liberado de la obligación de exponerlo aquí. Sí me referiré, empero, a los nudos fundamentales de su trayectoria intelectual, despojada de charreteras y caireles.

Tras iniciar Filosofía y Letras en el Centro de Estudios Universitarios de Alicante, dependiente orgánicamente de la Universidad de Valencia, pasó a la Universidad Autónoma de Barcelona, donde se licenció en 1975, sección de Hispánicas. Inmediatamente emprendió su labor docente, como profesor encargado de curso, en las aulas alicantinas en que había comenzado la carrera. Cuando se doctoró en 1982, tutelado por el profesor Andrés Amorós, ya lo hizo por la Universidad de Alicante, que había adquirido entidad plena en 1979. Entre 1978 y 1982 simultaneó su docencia universitaria con la de Bachillerato, como profesor agregado en el Instituto Miguel Hernández (Alicante). Tras el doctorado fue, sucesivamente, profesor adjunto contratado (1982), profesor titular (1985) y catedrático (2003), siempre en la Universidad de Alicante, hasta que en 2019, con su jubilación, adquirió la condición de emérito. En diversos periodos ocupó cargos de gestión universitaria, como la dirección del Departamento de Filología Española, Lingüística General y Teoría de la Literatura, y la de vicedecano de Filosofía y Letras, con un breve paréntesis como decano en funciones.

Su investigación se ha volcado en la Edad de Plata, marbete que popularizó y sobre el que ha trabajado concienzudamente José-Carlos Mainer, uno de sus profesores de Barcelona. Desde el naturalismo y el simbolismo de finales del XIX hasta las estéticas de los años treinta del siglo XX, varios son los núcleos de su indagación. De su tesis doctoral dedicada a la narrativa de Ramón Pérez de Ayala es resultado la monografía *Del relato modernista a la novela poemática: la narrativa breve de Ramón Pérez de Ayala* (Universidad de Alicante / CAPA, 1983), que realzó la originalidad de la novela poemática y que fue distinguida en 1987 con el Premio Fastenrath de la Real Academia Española. Muchos años después volvería al tema, de manera más abarcadora, como coordinador de *Novela lírica y novela poemática en el modernismo español* (monográfico

de *Anales de Literatura Española*, 22, 2010). De Pérez de Ayala editó alguna de sus obras narrativas, como *Tigre Juan* y *El curandero de su honra* (Espasa Calpe, 1990).

Otros autores del periodo sobre los que ha fijado su atención crítica son Leopoldo Alas *Clarín*, Eduardo López Bago, Alejandro Sawa, Miguel de Unamuno, Valle-Inclán... Algunos estudios que les dedicó pasaron a conformar *La literatura como intensidad* (Universidad de Alicante, 1988), un volumen que, con el subtítulo de *Seis lecciones*, expone claves de la renovación literaria de la época, en que se cruzan escabrosidades naturalistas, morbideces decadentistas, propuestas del 98, rasgos de la novela-ensayo y chafarrinadas expresionistas procedentes de las delicuescencias y sutilidades del modernismo.

La literatura ha constituido en él un lugar desde el que conecta con dos territorios anejos, a su vez vinculados entre sí: el pensamiento y las artes plásticas. De ello son muestras destacadas *Schopenhauer y la creación literaria en España* (monográfico de *Anales de Literatura Española*, 12, 1996), *Simbolismo y modernismo* (monográfico de *Anales de Literatura Española*, 15, 2002) y *El simbolismo literario en España* (Universidad de Alicante, 2006). Sus estudios sobre el simbolismo han irradiado hacia direcciones diversas, varias de ellas fruto del proyecto «El simbolismo literario en España», del que fue investigador principal. Buena parte de sus análisis se han centrado en tópicos o constelaciones temáticas con rendimiento tanto pictórico como literario; en este orden de cosas han de considerarse sus indagaciones sobre «la España negra» (Émile Verhaeren, Darío de Regoyos, Gutiérrez Solana) o sobre el *topos* simbolista de «la ciudad muerta», que encuentra rasgos de familia con la ciudad levítica, que pudo aplicar a Yecla (Azorín), Pilares (Pérez de Ayala) y Oleza (Gabriel Miró). Pero donde más trabadamente se ensamblan literatura y pintura, por un lado, y pensamiento (de raíz schopenhaueriana), por otro, es en su libro *Imágenes del pesimismo (Literatura y arte en España 1898-1930)* (Universidad de Alicante, 2000).

LOS AUTORES DE SU SANCTASANCTÓRUM

Los dos autores de los que se ha convertido en principal referente, como estudioso y editor, son Azorín y Gabriel Miró. Por lo demás, tanto en uno como en otro pueden identificarse rasgos que resultan de aplicación a Miguel Ángel Lozano.

¿De qué manera han incidido ellos en él, de qué modo ha impuesto él en ellos su particular psiquismo? Me permitiré un excursus antes de regresar a este punto. A menudo se insiste en que la valía del tema de un trabajo intelectual, por ejemplo una tesis, no condiciona ni positiva ni negativamente la del trabajo en sí. En concreto, es posible realizar un estudio excelente sobre

un autor mediocre, y también al revés. Sin embargo, la experiencia enseña que el trato diario y sostenido en el tiempo con un escritor o un tema de altos vuelos no puede no afectarnos, o digamos contagiarnos, pues, salvo en el caso de zoquetes de estética roma, nuestra naturaleza no es inmune a lo que tan íntimamente nos concierne. Tendemos a sobrepasar nuestros límites cuando nuestras compañías intelectuales o humanas tiran de nosotros hacia arriba, y, en el sentido contrario, a conformarnos con ellos cuando no nos vemos exigidos por dichas compañías o cuando estas nos lastran con su vulgaridad. Descendiendo a nuestro asunto, en más de una ocasión me he preguntado sobre la analogía espiritual entre Miguel Ángel Lozano y «sus» autores. ¿Fue antes el huevo o la gallina? ¿Se hizo Lozano mironiano de tanto ocuparse de Miró, o escogió a Miró porque sentía con él una incontestable afinidad? La verdad es que no he sabido responderme; quizá ni siquiera haya dilema, pues ambos polos pudieran retroalimentarse: uno opta por un autor al que, en sus primeros escauceos, siente como propio, y su ulterior conocimiento profundo confirma y aun intensifica esa fraternidad. Ambas posibilidades se concertarían en la afirmación de Baudelaire de que terminamos pareciéndonos a lo que anhelamos ser: «L'homme finit par ressembler à ce qu'il voudrait être».

Acaso entre Lozano y sus dos autores haya ocurrido algo parecido. Con Azorín concuerda en esa suerte de sinfronismo egotista que le hace revivir *en presente*, como si fueran propias además de actuales, historias de otras gentes y otros tiempos. De hecho, su trato con él no está condicionado tanto por la hiperestesia del estudioso, de que efectivamente está aquejado, según dijimos, y que podría abrirle las puertas del tabernáculo de otros escritores muy distintos, como por la capacidad de extraer del caparazón de sus textos un estado de ánimo compartido, una espiración sensitiva o *espíritu* con el que concuerda, y del que enseguida se desprenden las excrecencias adheridas apenas se sacudan con una lectura esencialista. El *caballero inactual* de la novelística azoriniana pasa por sobre la cobertura de lo fenoménico y apoya mano en mejilla, como sucede en «Una ciudad y un balcón» (*Castilla*), mientras contempla las lágrimas de las cosas y escucha el latido del mundo. A la declarada contigüidad afectiva entre el estudioso (Lozano) y el estudiado (Azorín), añádase el amor casi indecible por lo apagado y recoleto bajo el tamo de trabajos y días: todo aquello que no ha dejado surco en la historia y que, frente a los agonismos unamunianos que Lozano entiende como lector pero con los que no comulga íntimamente, asume sin estertores, enfermo de compasión por (con) los habitantes difusos de un universo menor que espejea un momento, se desvae luego y finalmente desaparece.

Respecto a esa palpitación sensitiva, creo que no hay ejemplo más conseguido en Azorín que el de *Un pueblecito (Riofrío de Avila)*, y tampoco un acercamiento más logrado a ese texto, y al espíritu azoriniano en su conjunto,

que «Una lectura de *Un pueblecito: Riofrio de Ávila*», ponencia que dictó Lozano en el I Colloque International «José Martínez Ruiz (Azorín)», en cuyas actas puede leerse. Aquel coloquio fue el primero de los celebrados en la Université de Pau et des Pays de l'Adour (Francia), a algunos de los cuales acudí como miembro supernumerario de una secta de azorinistas (categoría académica) azorinianos (categoría cordial). En Miguel Ángel Lozano se conjuntaban sin estorbarse, como en nadie que yo conozca, ambas categorías.

Pero si con algún escritor se ha fundido estética y psíquicamente Lozano, más aún que con Azorín, es con Gabriel Miró. De él le han atraído la sutilidad de su percepción, la luminosidad tamizada, la candidez moral, la falta de finalidad del andariego que no se dirige a sitio alguno, la morbidez irisada de matices, el éxtasis del fracaso. Miguel Ángel Lozano ha visto la sustancia de un autor al que tantas veces se ha despachado como novelista lírico —para insinuar lo que no se afirma expresamente: que es un novelista demediado—, y se ha opuesto, con las razones del corazón y los sentimientos de la razón, al desgraciado y muy extendido juicio de Ortega (*El Sol*, 9 de enero de 1927), quien, a propósito de *El obispo leproso*, elogió a su autor como estilista para negarle, más que escatimarle, su condición de narrador de fuste. Centrado en la novela bipartita de Oleza, Lozano ha identificado pasiones no menos turbulentas que las de los relatos naturalistas, solo que apuntadas sin borborismos ni retorsiones expresivas, dada su extraordinaria capacidad para catar la realidad —con los ojos, sí; pero también con todos los demás sentidos, en un tornasol de sinestesias— y presentárnosla sin exprimir, como sostenida en el cendal de unos puntos suspensivos.

Donde, a mi ver, alcanza el estudioso su ápice crítico es en la interpretación del engañoso *estilo pleno* de Miró, disidente en el fondo de Jorge Guillén. En *Lenguaje y poesía* (1961), Guillén consideró al alicantino paradigma del «lenguaje suficiente» por su riqueza, luminosidad mediterránea y don de la palabra, de modo que, deslumbrado por su arsenal lingüístico, acuñó de él una estampa como poeta-novelistas poderoso y olímpico. Al estilo mironiano oponía Guillén el «lenguaje insuficiente» de un san Juan de la Cruz: dada la *cortedad del decir* para vestir verbalmente lo que desborda el ámbito de lo comunicable, debe limitarse a señalar con el dedo, como Colón, aquella *terra incognita* que no ha pisado nunca y solo atina a barruntar. Lozano ha resuelto la contradicción aparente en Miró, pues su exuberante bagaje verbal termina doblando la rodilla cuando pretende referir aquello que, de todos modos, está siempre *más allá* de su capacidad representativa. Por esta razón su universo se dibuja no tanto en las palabras, por ricas que estas sean, cuanto en el espacio que se abre allí donde aquellas se retraen. En ello consiste el «decir las cosas por insinuación» al que el propio autor se refirió alguna vez y que Lozano ha captado y explicado.

A la luz de lo anterior, Lozano no es solo un editor de ambos autores, sino su editor por excelencia. Por lo que concierne a Azorín, ha editado obras sueltas (*Tomás Rueda*, IAC Juan Gil-Albert, 1994), pero los dos grandes empeños como editor literario del monovarense son, por un lado, las *Obras escogidas* en tres volúmenes (Espasa, 1998), y, por otro, las dos entregas (I y II) de *Novelas* (Biblioteca Castro, 2011 y 2012). El empeño de publicar unas *Obras escogidas* implicó poner previamente en orden la escritura de un autor que diseminó en los periódicos sus cuantiosos escritos, recogidos o no luego en volumen, y que, a mayor abundamiento, murió nonagenario y estuvo escribiendo casi hasta el final de sus días. Solo realizada esa tarea podía ya abordarse una selección que, aunque copiosa, puede ser abarcada por un lector normal. Y en lo tocante a la edición de sus novelas en dos volúmenes, la dificultad consistía en determinar qué es y qué no es novela, cosa nada evidente en alguien que comenzó cuestionando el género en su juventud, y a medida que transcurría el tiempo fue acentuando la porosidad de sus propuestas narrativas, la desvertebración y la falta de sujeción a los consabidos tres momentos (planteamiento, nudo y desenlace) del paradigma realista que Azorín contribuyó a disolver. Supongo que ni siquiera el editor estará absolutamente seguro de haber dado respuestas inequívocas a todas las dudas, pues corresponde a la naturaleza azoriniana navegar entre aguas, adelgazar las paredes entre los géneros literarios, introducir una aguda presencia del yo fluente o lírico en cualesquiera trabajos de su escritura. Dicho esto, las razones que arguye Lozano para efectuar el acopio de las que llama en los dos volúmenes «novelas» nunca responden a capricho ni a humo de pajas: ir de su mano en el conocimiento de Azorín significa llevar un buen guía, que nunca tratará de suplantar al autor a cuyo servicio se pone. Ha preparado Lozano, además, monográficos y volúmenes colectivos sobre dicho autor, como *El retorno de Azorín* (*Ínsula*, 556, 1993), *Azorín, renovador de géneros* (Biblioteca Nueva / Ayuntamiento de Monóvar, 2009) y *Azorín periodista* (Ayuntamiento de Monóvar, 2010).

Si nos atenemos a Miró, ha realizado Lozano ediciones específicas de determinadas obras, como *Novelas cortas* (IAC Juan Gil-Albert, 1986), *Las cerezas del cementerio* (Taurus, 1991), *Nuestro Padre San Daniel* y *El obispo leproso* (Espasa Calpe, 1991); pero es, sobre todo, el editor de los tres volúmenes de *Obras completas* (Biblioteca Castro, 2006-2008). Además de numerosos artículos, se ha encargado de preparar las *Actas del I Simposio Internacional «Gabriel Miró»* (CAM, 1999; con Rosa M.^a Monzó) y las *Actas del II Simposio Internacional «Gabriel Miró»: Gabriel Miró, novelista* (CAM, 2004). A él se debe también la coordinación de *Gabriel Miró: las cosas intactas*, monográfico de *Canelobre* (50, 2005; con Rosa M.^a Monzó), revista que dirigió, así como la del volumen colectivo *Nuevas perspectivas sobre Gabriel Miró* (Universidad de Alicante / IAC Juan Gil-Albert, 2007). El IAC Juan Gil-Albert y la CAM le

encomendaron la dirección de una tarea de largo alcance como es la publicación en ediciones comentadas, a cargo de reputados especialistas, de toda la obra mironiana. Y no puede dejar de citarse su estudio *Los inicios de la obra literaria de Gabriel Miró: «Del vivir»* (Universidad de Alicante, 2010). Recientemente ha emprendido, junto con Laura Palomo Alepuz y Dolores Thion Soriano-Mollá, la reimpresión en Ediciones Ulises de las *Obras completas* mironianas atenuadas a la «edición conmemorativa» llevada a cabo, tras su muerte, por los «Amigos de Gabriel Miró», en esta ocasión con el añadido de introducciones al efecto. En el momento en que firmo estas páginas, ha aparecido el volumen I, que incluye *Del vivir* y *La novela de mi amigo*.

CODA

«Como las cosas humanas no sean eternas...». Inclinado ingénitamente a la melancolía, supongo que estas palabras de Cervantes (*Quijote*, II, LXXIV), que abren la puerta a la cordura final de don Quijote y, con ella, a su muerte, habrán sido comentadas por Miguel Ángel Lozano Marco no pocas veces en clase, pues siempre tuvo al *Quijote* como objeto de sus explicaciones y coordinó alguna publicación sobre ese libro que, para nuestra desgracia, no hemos podido leer nunca por primera vez (*El «Quijote», libro abierto*, Universidad de Alicante, 2006). No se trata aquí, por fortuna, de alusión a la muerte, ni siquiera a la conclusión de un trayecto intelectual, sino solo a la del empleo docente de nuestro personaje. No es poca cosa, pero al menos nos permite suponer que podremos seguir disfrutando de sus palabras y de sus fructuosos ensimismamientos. El cacareo que constituye el ruido de fondo de nuestro tiempo deja muy poco hueco a la palabra medida y al silencio feraz, nunca dispuestos a meter los codos para hacerse un sitio. Casi como una metáfora, el retiro de Miguel Ángel Lozano constituye una contestación tácita a este cloqueo que todo lo avasalla, como quien cierra su libro y recrea mentalmente aquello que, siglos atrás, musitara en verso Francisco de Medrano: «suframos, Amarilis, y callemos».

Quienes pretendemos con estas hojas rendirle homenaje, no podemos evitar que las cosas sean como son. Sin embargo, apostados en la orilla de los agradecidos, queremos que llegue a él la manifestación de nuestro reconocimiento por las palabras que ha pronunciado y por los silencios que ha cultivado. A la urdimbre que forman unas y otros, con el entretejido de los textos y autores que ha atendido y explanado ante ojos y oídos de quienes leían y escuchaban, muchos deben, debemos, algo de lo que somos. *Vale*.